

INVENTO DEL MANDARIN

MOTIVOS de desacuerdo" es una linda expresión. Vivimos en tiempos de semántica, en tiempos de semánticos. Quizá una de las escasas finuras de "Holoocausto" es el irresistible ascenso del joven Dorf a base de semántica: desde el primer capítulo, cuando encuentra los eufemismos que Heydrich es incapaz de encontrar para sus planes, hasta el último, en el que se permite corregir a Himmler, que habla con demasiada crudeza de la exterminación de judíos: "Reasentamientos", dice Dorf; y parece que dentro del caos, la miseria y la catástrofe, regresa el orden y la calma. Probablemente, el III Reich brilló a gran altura en esta vía. Tuvo hallazgos extraordinarios, como el de llamar a los retrocesos, a las pérdidas de terreno en la guerra, "avance elástico sobre la retaguardia".

España recibió pronto la impregnación. La conservó durante todo el régimen anterior, al que servía perfectamente. Y encuentra su auge en la democracia. No olvidemos que la democracia española es, sobre todo, un régimen semántico, no sólo en lo meramente verbal: hay también una semántica de las actitudes. Que todo tenga un nuevo vocabulario siendo siempre lo mismo; que las gentes crean que hacen una vida distinta haciendo la misma. Poner nombres nuevos a las viejas cosas, buscar fórmulas lingüísticas para actitudes antiguas. El partido del Gobierno tiene numerosos jóvenes Dorf —en un sentido, naturalmente, incruento— que hacen prodigios con el lenguaje. La oposición no está excluida: el hallazgo semántico de los "poderes fácticos" fue admirable.

"Motivos de desacuerdo" es la última —hasta ahora— de estas *trouvailles*. Habrá más. Es un destino de este régimen, quizá de este mundo: llamar las cosas y los hechos de una forma menos dura, que disfraza las realidades, que no las evoque. Que la palabra sea en sí un fin, en lugar de un medio.

Hay un doble filo. La gente termina por no entender, y ese es el filo positivo, puesto que se trata de que no se entienda nada demasiado bien. Es una de las grandes sutilezas de esta utilización de la semántica: que se entienda algo sin que se entienda todo, decir las cosas y al mismo tiempo no decir las.

La parte negativa del filo es la misma: que la gente termine por no entender, y, por lo tanto, se desentiende. Se aleja, se olvida. Cierra sus receptores, cambia cuando puede el canal de la televisión, tira con alguna rabia su periódico. Lo que está haciendo en ese momento es objeto de un nuevo eufemismo: rápidamente se va a llamar "desencanto". Y entonces los grandes semánticos se aplican a encontrar un vocabulario que sirva para atraer otra vez a la gente —sacarla del desencanto—, pero sin que participe demasiado, siempre que no llegue a entenderlo todo.

Advirtamos que es una posición invertida con respecto a la de los escritores bajo cualquier censura. Los escritores buscan una semántica que les permita ser entendidos por los más, pero que escape a los códigos de lenguaje de la clase dirigente. Los grandes semánticos de la política tratan, por el contrario, de ser entendidos por las élites y no ser entendidos por el pueblo. Están teniendo un éxito extraordinario. Como en la vieja China, están creando poco a poco un lenguaje diferente: el mandarín. Que fue, probablemente, una de las causas del hundimiento de la vieja China. ■

POZUELO

Vecinos de un inmueble de Fuengirola evacuados en la madrugada por amenaza de bomba.

considerable para atraer ese turismo barato al que ofrecen "sorpresas" y, desde luego, seguridad. Y buenos precios.

TODO esto es obvio, y la ETA no sólo no lo desconoce, sino que lo utiliza en el momento oportuno. Se sabe cuál es la contracción de la moral revolucionaria: el argumento de los trabajadores dañados no ha influido nunca en una acción de ese tipo. Lo que importa es el desafío al Estado y la capacidad de dañarle. Si ese Estado se identifica en estos momentos con una determinada forma de democracia, con un intento de transición; y si todo ello está en riesgo, son factores que tampoco cuentan. Este tipo de revolucionarismo opera siempre con valores abstractos y deshumanizados (pone su humanismo en una lejanía histórica). Por la misma razón que no tiene en cuenta el ser humano, la familia, la vida que hay detrás de un atentado, sino la abstracción del uniforme que lleva ese ser humano y el efecto que va a causar en otros portadores del mismo uniforme, tampoco tiene en cuenta los dramas que va a causar en un grupo social —el de los trabajadores de turismo— y en toda la sociedad la posibilidad de que se cause un colapso. Lo que tiene en cuenta es su guerra contra ese Estado.

COMO el aspecto psicológico de la cuestión. Uno de los peores aspectos de esta lucha es el crecimiento de un sentimiento antivasquista en todo el país un país que lucha en su colectividad y en sus distintas regiones por encontrar una situación más justa y que se siente despreciado y agredido, inevitablemente dañado, por el grupo vasco que realiza estas acciones: ni tan reducido ni tan aislado del conjunto del País Vasco como se trata de hacer ver. Para el terrorismo emanado de ETA, ese factor de separación creciente de la opinión pública del conjunto de España de las acciones que atribuye al pueblo vasco es un triunfo: es una acentuación del "factor diferencial".

PRÁCTICAMENTE todos los partidos, todas las personalidades públicas coinciden en acentuar la sensación de que el problema vasco es el más grave que tiene el país. Este nuevo desafío del terrorismo de ETA aumenta más, si cabe, la dificultad de encontrar soluciones para ese problema. No vemos, por otra parte, que el Gobierno las haya encontrado todavía. Las retrasa, las disfraza, las difiere. No es buena táctica. El tiempo, como se viene demostrando desde hace años, no hace más que aumentar la condición de escalada del problema. Si llega a ocurrir lo que los terroristas provocan, una radicalización total de los fanatismos en pro y en contra, el problema se habrá elevado a la categoría de tragedia. ■